

JOXEMARI ITURRALDE

Luna amarilla

Traducción del autor

Prólogo:
TOMÁS YERRO



ÍNDICE

LOS HORRORES DE LA GUERRA

(Colonial y personal). Tomás Yerro..... 7

EN MELILLA

1.....	15
2.....	37

ALMANAQUE

1.....	45
2.....	47
3.....	49
4.....	52
5.....	54
6.....	57
7.....	59
8.....	61
9.....	64
10.....	66
11.....	69
12.....	71
13.....	73
14.....	75
15.....	78
16.....	80
17.....	83
18.....	85
19.....	87

20.....	90
21.....	92
22.....	94
23.....	97
24.....	99

EN NADOR

1.....	101
2.....	104
3.....	106
4.....	111
5.....	113
6.....	115
7.....	118
8.....	120

DESPEDIDA

1.....	127
2.....	130
3.....	131
4.....	133
5.....	137

LOS HORRORES DE LA GUERRA (Colonial y personal)

Joxemari Iturralde, *Jimu*, (Tolosa, Guipúzcoa, 1951) forma parte del rico panorama de la literatura vasca actual, en el que conviven diferentes cohortes de escritores con rasgos más o menos afines en razón de la edad. Según Iban Zaldúa, se adscribe a la generación «de la autonomía», integrada por los nacidos antes o durante la década de 1950: Bernardo Atxaga, Koldo Izagirre, Anjel Lertxundi, Ramon Saizarbitoria, Joseba Sarrionandia, Arantxa Urretabizkaia, Jose Angel Irigaray, Xabier Lete, Mikel Lasá, Amaia Lasá y Joxe Azurmendi, entre otros. Herederos de la revolución literaria emprendida por Gabriel Aresti y otros seniors, comenzaron a dominar la república de las letras euskaldunas durante los años 70 y en especial los 80, coincidiendo con el establecimiento de las instituciones autonómicas. Sus primeras publicaciones en vascuence respondían sobre todo a motivaciones político-culturales, pero con su labor creativa, «voluntariamente o no –matiza Zaldúa–, contribuyeron a afianzar la autonomía del campo literario con respecto al de la construcción nacional». Añado por mi cuenta que, sin renunciar a sus orígenes, pero alérgicos al costumbrismo melancólico y empobrecedor, han puesto el reloj de sus cosmovisiones y estéticas en la hora presente de la civilización, como ha sucedido también, cómo no, con los autores de promociones más jóvenes.

Para Iturralde, viajero impenitente, la literatura constituye, entre otras muchas cosas, «una vía de aprendizaje, una forma de vivir. No hay ningún sitio al que llegar, el ir haciéndose uno mismo es el objetivo final». Su rigor intelectual y artístico se destila en odres tan diversos como sus artículos en prensa, traducciones de literatura inglesa al euskera, poesía, relatos breves, literatura

infantil y juvenil y, sobre todo, novelas. Alentado siempre por un admirable afán de superación e innovación, se ha ocupado por igual tanto de ciertos problemas sociales de nuestro tiempo como de las dimensiones sustantivas de la condición humana. Su narrativa levanta acta de las añagazas del progreso, la pérdida de valores, la manipulación, la injusticia, el caos y la violencia del mundo moderno, con frecuencia poblado de seres, más o menos itinerantes y aun marginales, víctimas de los conflictos derivados de la convivencia y del amor, el anonimato, la soledad, el miedo, la corrosión íntima derivada del paso del tiempo, la desesperación, el destino trágico, etcétera. La búsqueda de la esquiua verdad personal y colectiva, ambientada en la convulsa historia reciente de Euskal Herria y en escenarios cosmopolitas, está encarnada a veces por aventureros desarraigados. Tales rasgos afloran en sus libros de relatos cortos, en la trilogía de novelas compuesta por *Izua hemen* ('El miedo aquí', 1989), *Kilkirra eta roulottea* ('Grillo y la roulotte', 1997) y *Euliak ez dira argazkietan azaltzen* (2000; *Las moscas no salen en las fotos*, 2003), y de manera muy elocuente en la biografía *Vida del auténtico Andy Bengoa* (2010), cuyo protagonista representa la sugestiva figura del errante aventurero libertario, amante de la vida. La gravedad de las cuestiones tratadas no le impide al tolosarra recurrir a menudo, y con notable tino, a los ingredientes de la ironía y el humor.

A juzgar por sus confesiones, la primera imagen inspiradora de *Ilargi horia* (2012; *Luna amarilla*, 2014), novela publicada por la pamplonesa editorial Pamiela en 2012, se remonta a una visita cursada hace más de cuarenta años al cementerio de la ciudad africana de Melilla, que le fascinó por su hermosura y, al mismo tiempo, le despertó una curiosidad casi obsesiva debido a la abundancia de tumbas de soldados vascos muertos en la guerra del Rif, en el célebre Desastre de Annual, fechado en

julio de 1921. Sin duda, la escritura requirió una tarea previa de sólida documentación histórica para construir una obra de ficción de fácil y amena lectura pero no exenta de considerable ambición conceptual, estructural y estilística. Conviene recordar que la debacle de *Annual*, con copiosa tradición historiográfica y literaria a sus espaldas, nutrió de materia prima a novelas ya clásicas como *El blocao* (1928), de José Díaz Fernández, *Imán* (1930), de Ramón J. Sender, *La forja de un rebelde* (1939), de Arturo Barea, y *El Desastre de Annual* (1968), de Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March.

Como le ocurrió en su día al novelista, también Eugenio Areitioaurtena, viajante de productos sanitarios, se queda extasiado en el camposanto melillense y muy intrigado por las referencias a combatientes vascos que perdieron la vida en *Annual*, entre los que figuran algunos familiares suyos. A partir de ese tiempo presente, poco a poco la voluntad ajena lo sumerge en el corazón mismo de la guerra mediante testimonios orales y escritos de primera mano que le aportarán, además, revelaciones sorprendentes acerca de su propia genealogía personal y familiar, abocadas a una extraña anagnórisis o reconocimiento final. Así pues, en un primer nivel la narración indaga en los sentimientos de un hombre maduro, anodino y solitario, arrastrado por las circunstancias a realizar unas averiguaciones de índole particular, intrahistórica, que muy pronto se entrelazan, en un segundo plano, con la Historia con mayúsculas. Otro personaje clave es el moro Abub Ibn Mazmer, cabo de la policía indígena alistado en el ejército español, que establece la conexión entre Areitioaurtena y la tragedia de *Annual*.

La tensa e infrahumana espera en los blocaos o fuertes y la desbandada de los oficiales y la tropa, narradas atendiendo solo a los detalles esenciales, no a la inútil y minuciosa reconstrucción arqueológico-literaria, se erigen, de modo implícito, en un alegato